

LAS RIMAS DEL TIEMPO

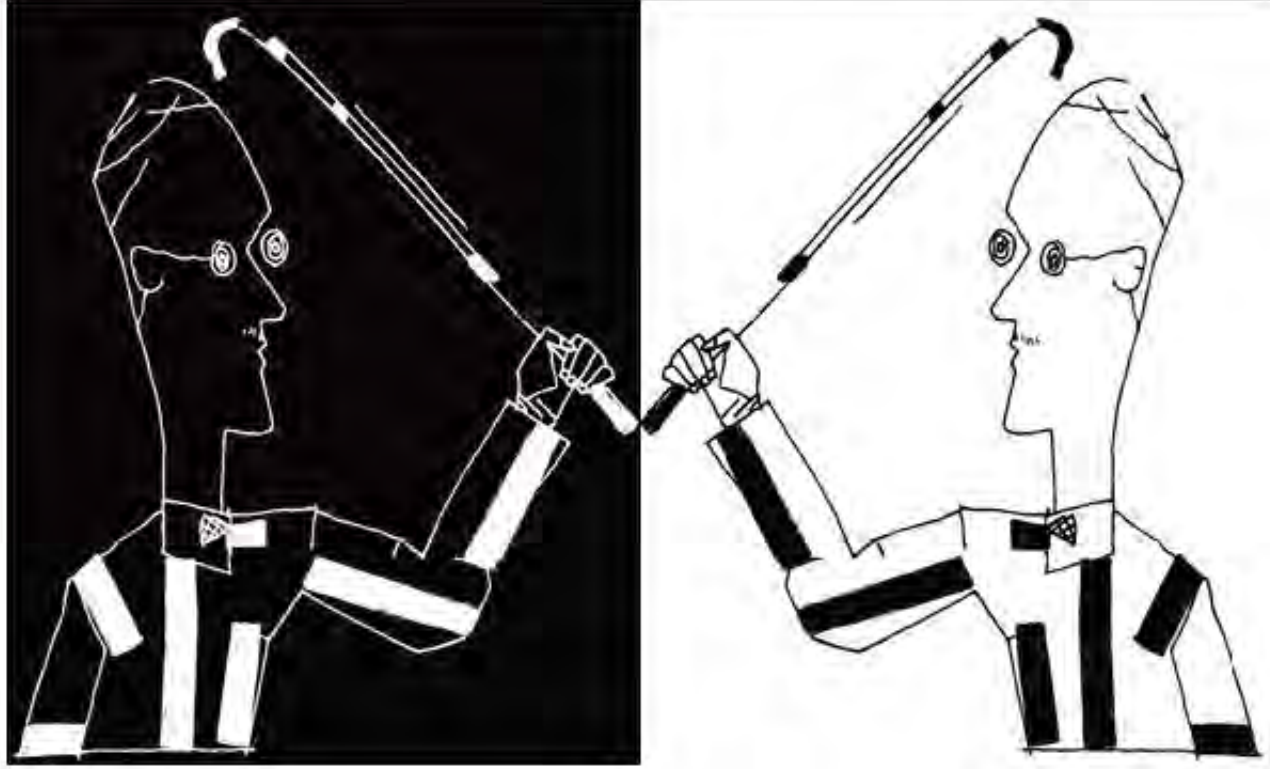
De Borges a Auerbach, pasando por San Pablo y Edgar Allan Poe, la literatura moderna se construye entre la tensión de lo prefigurado enigmáticamente y una resolución sorprendente. Tanto la política como la ficción entienden que hay una correlación entre pasado y presente que habilita la disputa por los significados. Así como un escritor puede crear sus precursores, el juego político no deja de disputar el significado de ciertos significantes patrios.

POR DARDO SCAVINO

Borges nunca disimuló su admiración por la literatura de Chesterton. Y entre las narraciones del británico solía recordar una, iniciada con la concisa mención de un indio que mataba a su congénere arrojándole un puñal y concluía con la escena de un inglés que asesinaba a su amigo apuñalándolo con una flecha. El “cuchillo volador”, explicaba el argentino, prefigura la “flecha que se deja empuñar”, y esta “proyección ulterior” de un episodio, estos “ecos” temporales, caracterizan a cualquier buena ficción, incluidos los buenos filmes¹. Dos décadas más tarde él mismo escribiría una historia que comenzaba evocando la muerte de un militar, Francisco Flores, “lanceado por indios de Catriel” y concluía cuando su nieto, Juan Dahlmann, estaba a punto de morir apuñalado en un duelo con un peón “de rasgos achinados y torpes” (episodio que tal vez Dahlmann sólo esté soñando mientras agoniza en un hospital porteño)². Nadie ignora que “El Sur” abriga varias alusiones autobiográficas: el accidente de Juan Dahlmann, su oficio de bibliotecario y su “criollismo algo voluntario” se inspiran en la historia personal de Borges; Francisco Flores sería una transfiguración de su propio abuelo, Francisco Borges Lafinur, caído en 1874 mientras combatía las tropas de Nicolás Avellaneda; la guerra de los porteños contra los indios de Catriel recordaba la “frontera” étnica de la nación imaginada por la dirigencia porteña y prefiguraba el antagonismo entre el grupo Sur y los trabajadores “de rasgos achinados y torpes” que apoyaban a Perón. “El Sur” es un relato fantástico y político. Y si Borges pudo conciliar ambas dimensiones, se debe a que ciertas narraciones poéticas y ciertas narraciones políticas comparten una misma concepción del tiempo.

***Dardo Scavino**

(Buenos Aires, 1964) es egresado de la Universidad de Buenos Aires y desde hace veintitrés años vive en Francia. Actualmente es profesor de cultura latinoamericana en la Universidad de Pau. Entre sus obras, pueden mencionarse: *La filosofía actual* (1999), *Narraciones de la independencia* (2010) y *Las fuentes de la juventud* (2015).



DIBUJOS DE JUSTO BARBOZA

Las rimas temporales

En un ensayo sobre el francés Léon Bloy, Borges había recordado que, según la teoría de los “tipos” o “figuras” de San Pablo, los episodios del pasado del pueblo hebreo eran “espejos enigmáticos” que oscuramente presagiaban su futuro, cuando llegara el Mesías. Y este advenimiento develaría a su vez la significación de esas predicciones o la inesperada, pero admisible, solución de esos enigmas. Toda una tradición exegética, que se remonta a San Ireneo y se prolonga hasta el mencionado Bloy, entendía, como Cervantes, que la historia era “depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”³, de modo que el historiador religioso no recordaba solamente estos acontecimientos para preservar el pasado sino también para mostrar que pasado, presente y porvenir habían sido previstos desde toda la eternidad. Al exégeta no le interesaba tanto el episodio por sí mismo como su “proyección ulterior”: indagaba los sucesos del pasado con vistas a conocer el futuro. La teología cristiana proponía de este modo una interpretación peculiar de la *historia magistra vitae*: la historia enseña, como planteaba Cicerón, pero no sabemos todavía qué. Solo

lo sabemos “enigmáticamente” o “como a través de un espejo” (debido a la precariedad de aquellos espejos, no resultaba fácil adivinar la identidad de la persona reflejada, de modo que estos espejos prefiguraban desfigurando, desfiguración lógica, a fin de cuenta, ya que si no hubiese desfiguración, no habría tampoco figura: solamente anuncio literal). Para entender esos augurios precisaríamos descifrar integralmente el enigma, o penetrar en el secreto herméticamente encerrado en las peripecias del pasado, y esta revelación sólo termina produciéndose cuando las predicciones se cumplen o cuando el futuro se presenta. Sin conocerse mutuamente, Borges y Erich Auerbach coincidieron en este punto: la literatura moderna es una versión secularizada de la tipología paulina.

Borges no había llegado hasta Pablo de Tarso y Bloy por motivos religiosos sino estrictamente literarios: ambos proponían una concepción de la temporalidad que poseía una ostensible analogía con las posiciones de Edgar Allan Poe acerca de la elaboración de poemas y relatos. Un cuento debe constar de dos argumentos, aseguraba el argentino: “uno, falso, que vaga-

mente se indica, y otro, auténtico, que se mantendrá en secreto hasta el fin”⁴. Estos dos argumentos corresponden a dos interpretaciones diferentes del pasado. Los historiadores leen los documentos para reconstituir los sucesos. Los narradores leen los propios sucesos para reconstituir lo que anuncian. Del mismo modo que el Juicio Final daba por terminada la historia revelando la significación precisa, o “total”, de cada hecho del pasado —de cada uno de los hechos que lo habían anunciado “en parte”—, los elementos del poema o del cuento debían anticipar “enigmáticamente” el desenlace, y su significación plena revelarse hacia el final, a la manera de las narraciones policiales.

Esos elementos de la narración preñados de una indefinible inminencia tenían, para Poe, un estatuto comparable con las rimas de la poesía. “Siempre esperamos las rimas”, anotaba, dado que “el ojo, previniendo el final del verso, sin importar si es largo o corto, espera una rima que percibe la oreja”. Pero como los finales de los cuentos, estos ecos sonoros debían resultar inesperados. “Si usted omite este elemento de extrañeza, de sorpresa, de novedad, de originalidad —llámelo como se le antoje— va a perder todo lo que, en la belleza, es etéreo”. “La perfección de la rima”, concluía el norteamericano, “sólo puede obtenerse por la combinación de dos

elementos: la igualdad y lo inesperado”⁵. Y algo comparable ocurría con las prefiguraciones de Pablo: anunciaban algo aunque los lectores no supieran qué exactamente. Pero cuando lo augurado llegaba, cuando “lo por venir” sobreveníá, todo el mundo comprendía que se trataba de eso. Para Pablo y Poe el tiempo era, como para San Agustín, esa mezcla de memoria y espera, de remembranza y premonición.

Esta concepción del tiempo se encontraba también en muchos célebres ensayos sobre la historia nacional. Basta con leer *Radiografía de la pampa* para entender que la conquista de esas tierras había sido, para Martínez Estrada, “ejemplo y aviso de lo presente” y “advertencia de lo por venir”, algo que el bahiense sugería declarando que los argentinos seguían viviendo “con aquellas minas de Trapalanda en el alma”: “el antiguo conquistador”, explicaba, “se yergue todavía en su tumba, y dentro de nosotros, mira, muerto, a través de sus sueños frustrados, esa inmensidad promisoría aún, y se le humedecen de emoción nuestros ojos”⁶. Esos aventureros llegados a tierras sudamericanas para enriquecerse sin sembrar ni fabricar ni vivir en sociedad prefiguraban, según Martínez Estrada, a todos esos inmigrantes que vendrían a “hacerse la América” algunos siglos más tarde, esa población extranjera que terminaría erigiendo la nueva Argentina.

A pesar de haber regresado a Ítaca bajo el aspecto de un mendigo viejo y andrajoso, Ulises había sido reconocido por su nodriza Euriclea gracias a una cicatriz en el muslo. A pesar de haber retornado al Río de la Plata bajo el disfraz de un inmigrante humilde y desconcertado, el conquistador español sería reconocido por Ezequiel Martínez Estrada gracias a la interpretación de algunos signos. *Radiografía de la pampa* y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* recurren al mismo procedimiento: radiografiar significa acceder a una figura escondida detrás de otra. Los historiadores, en cambio, no practican estas exégesis. Para ellos, la conquista es un episodio del pasado que, a través de una serie de causas y efectos, extiende sus consecuencias hasta llegar a nuestros días. Pero esa conquista no regresa ni siquiera transfigurada. Martínez Estrada sustituía, en cambio, aquella causalidad histórica por una causalidad mítica: la conquista se convierte en una vasta representación alegórica cuyos actores vaticinan, sin saberlo, el porvenir de la región. Pero si esos episodios pasados logran vaticinar el futuro, se debe a que esas representaciones, como en los rituales de la lluvia o de la fertilidad evocados por Borges apenas un año antes, terminan provocando el advenimiento del episodio invocado. El porvenir es aquello que viene, y para que algo venga, hay que saber llamarlo. Para Borges y Martínez Estrada, un episodio narrativo es un minucioso ritual, y este ri-

tual, un llamado. Todo el secreto de la narración, para ambos, reside en el estatuto significativo o figurativo de las acciones de los personajes: una narración no son solamente palabras que hablan, literal o figurativamente, acerca de acciones imaginadas o reales sino también acciones imaginarias o reales que hablan acerca de otras acciones. Y cuando decimos que hablan acerca de ellas, decimos también que las llaman para que vengan. Pero Borges y Martínez Estrada no fueron los únicos en pensar así.

Muchas décadas después de *Radiografía de la pampa, El río sin orillas* de Juan José Saer presentaría la primera fundación de Buenos Aires como un episodio premonitorio: “Hay que reconocer que ya estaban presentes en el acontecimiento”, escribe él mismo, “muchos de los elementos característicos de lo que serán después la ciudad y la región”, como si este desembarco hubiese plantado, “de una vez y para siempre, la semilla de nuestras suavidades y de nuestras asperezas”. En esta primera fundación de la capital se encontraban ya “tres elementos casi constantes de la región: un puñado de dirigentes que reivindicaban toda una serie de privilegios”, “una mayoría de pobres diablos de diversas nacionalidades a los que la miseria empujó a América con la intención de enriquecerse” y “una vasta masa anónima, los indios, relegada a las tinieblas exteriores”⁷. Y cuando Saer habla de “semilla”, está insinuando también que la relación entre el pasado y el futuro, entre el acontecimiento profético y el profetizado, entre los episodios que llaman y los que vienen, coincide con la temporalidad teleológica del aristotelismo: el Buenos Aires de Mendoza era una Argentina del siglo XX en potencia, como si esta nación ya se hubiese encontrado *in nuce* en sus episodios iniciales, mientras la Argentina del siglo XX sería el Buenos Aires de Mendoza en acto. Como ese pintor de Magritte que pintaba un pájaro volando mientras observaba un huevo, Saer escribe la historia argentina de los siglos XIX y XX mientras rememora las expediciones de Solís y Mendoza.



No deja de resultar curioso que Saer haya adoptado esta interpretación tipológica en su ensayo sobre la Argentina dado que, como novelista, forma parte de esa generación de escritores post-borgeanos que prefirieron despojar a los acontecimientos de su dimensión premonitrice, como si hubiesen decidido eliminar también las rimas de la temporalidad narrativa o, a lo sumo, conservar su vaguedad, sus insinuaciones equívocas, sus sugerencias ambiguas, suprimiendo de las narraciones cualquier viso de revelación cristiana o policial. Cualquier viso de Juicio Final. Esta dimensión providencial, en cambio, ordena *El río sin orillas*, y podríamos recorrer la mayoría de los ensayos encargados de explicar el “mal argentino” (desde la *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea hasta *El pecado original de América* de Héctor Murena) para encontrarnos con el mismo resultado: todos se remiten a un acontecimiento fundacional en donde se cifra, “como a través de un espejo”, el porvenir de la nación. La tarea del ensayista consiste en mostrar por qué las figuras que aparecen en la superficie del espejo anamorfótico de los sucesos pretéritos son imágenes desfiguradas de los episodios de la historia subsiguiente. El futuro, para estos ensayistas, es el secreto del pasado.

Argentina en potencia

Esta versión secularizada de la historia providencial se encuentra en muchos discursos políticos, sobre todo cuando se pronuncian durante alguna “fecha patria”. Recordemos, para el caso, la alocución de Mauricio Macri durante la conmemoración del Bicentenario en San Miguel de Tucumán. Macri comenzó explicando que en esta misma “Casa Histórica” es “donde empezó la historia” (*sic*) porque “un conjunto de ciudadanos se animaron a soñar”. Y “hoy”, prosiguió diciendo, “estamos todos movilizados con los gobernadores que estuvimos ahí dentro asumiendo compromisos de futuro y tratando de pensar y sentir lo que sentirían ellos en ese momento”. El presidente se dirigió entonces a su invitado de honor, Juan Carlos I, para presumir que “deberían de tener angustia de tomar la decisión, querido Rey, de separarse de España”, “porque nunca es fácil, no fue fácil en ese momento ni es fácil hoy asumir ser independientes, asumir ser libres, porque esto conlleva una responsabilidad”. El presidente no se limitó a rememorar la declaración de independencia: la convirtió, por sobre todo, en un augurio de su propia acción gubernamental. “Eso es lo que los movilizó el 9 de julio de 1816”, aseguró el mandatario, y “hoy, el mismo 9 de julio pero doscientos años después, les quiero pedir lo mismo a todos los argentinos: que seamos protagonistas, que nos tengamos fe, que creamos en nosotros mismos, en nuestra capacidad de crear, de hacer, de desarrollar”⁸.

Aunque propusiera una interpretación diametralmente distinta del acontecimiento inaugural, Cristina Fernández de Kirchner había desplegado la misma visión de la historia exactamente un año antes y en ese mismo lugar. La ex presidenta recordó igualmente el “miedo” de los representantes del congreso tucumano a la hora de votar por la independencia. Solo que para ella se trataba del miedo ante las represalias militares del imperialismo español. Y este miedo de los congresistas reunidos en la casa de Francisca Bazán rimaba con muchas situaciones actuales: “no era que fueran malos o malos patriotas”, explicó, “simplemente uno lo puede ver en el mundo hoy o el otro día cuando hizo el referéndum Grecia, cómo metían miedo a los propios griegos”, y también “acá”, “en la etapa del neoliberalismo dentro de mi propio partido”, cuando les decían que “si no votábamos tal cosa, se caía tal otra, que si no pasaba tal otra, se caía lo otro”.

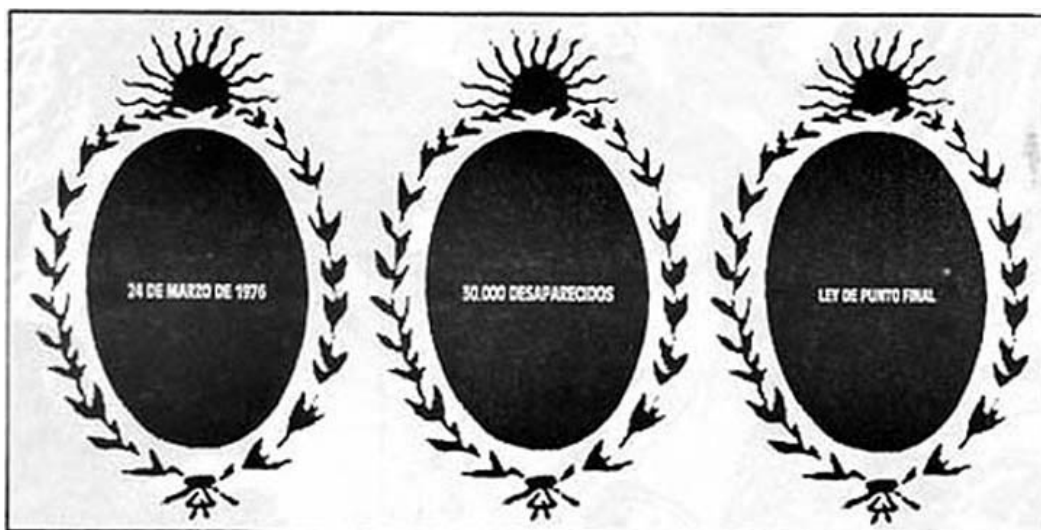
Si nos atuviéramos a la historia, resultaría imposible invocar literalmente esa misma tercera persona del plural para referirse a personajes tan distantes como los partidarios de Fernando VII, los dirigentes de la Banca Europea y los *call boys* menemistas del Departamento de Estado. Pero esa

tercera persona literalmente imposible puede invocarse figurativamente: las amenazas militares del ejército realista contra los partidarios de la independencia son análogas, para la ex presidenta, a las intimidaciones de los funcionarios europeos contra los representantes de Syriza y a los chantajes de los secuaces del FMI y Estados Unidos contra los peronistas disidentes. Por eso, concluía, “creo que rendir homenaje a la Independencia, rendir homenaje a los hombres y a las mujeres que contribuyeron a ese 1816, porque antes de 1816 estuvo la batalla de Tucumán, estuvo la batalla de Salta, estuvo el cruce de Los Andes” (*sic*), “no se llega a un congreso si otros antes no pusieron el pellejo” y “no llegamos a este momento si algún otro no puso lo que tenía que poner en los momentos más difíciles de nuestra historia”, “como el 2005 en Mar del Plata”—cuando varios mandatarios de la región se opusieron al tratado de libre comercio dictado por Estados Unidos—, “o como frente a los acreedores cuando nos decían que era una locura lo que estábamos proponiendo”⁹.

Tanto Macri como Fernández de Kirchner “crean” a sus precursores dado que ambos interpretan el pasado a la luz de su presente: para la ex presidenta, la declaración de la independencia rima con la oposición al ALCA y a la usura financiera, de modo que la monarquía borbónica prefiguraba a los Estados Unidos, el FMI y los planes pergeñados por Domingo Cavallo; para el hijo de Franco Macri, en cambio, aquel acontecimiento formó parte de una gesta liberal destinada a vencer el monopolio de la corona española y el paternalismo de las autoridades políticas y religiosas con el objetivo de obtener la independencia de los individuos. Esta independencia no prefigura, para él, las políticas antimperialistas del Unasur sino el combate de su partido y sus influyentes *mass media* contra el “populismo” kirchnerista. Macri retrotrae así la independencia a su significación originaria: esa edad en que los jóvenes llegan a la mayoría y se emancipan de la tutela paterna. Y esta emancipación significaría, hoy, que los individuos

deben emanciparse de las políticas paternalistas de los esposos Kirchner. La ex presidenta, en cambio, toma la palabra “independencia” en su acepción moderna: un pueblo emancipado no vive bajo la tutela de otro porque se gobierna a sí mismo. Y este gobierno de sí, esta autodeterminación, esta soberanía nacional en ruptura con cualquier tutela imperialista, es la definición de la democracia posterior a Rousseau. Democracia significa, para Macri, autodeterminación individual; para Fernández de Kirchner, autodeterminación popular. El presidente piensa que los individuos son independientes aunque las políticas de su país sean dictadas por el FMI y el Departamento de Estado; la ex presidenta, en cambio, no.

Alguien podría señalarnos que existe otra diferencia crucial en los discursos de ambos mandatarios. Y pasaría por una sintomática omisión en la alocución de Macri. El presidente insistió, efectivamente, con la cuestión de la “angustia” y el “miedo” de aquel “conjunto de ciudadanos”—evitó el vocablo “equipo” esta vez— reunidos en Tucumán. Recordó incluso el “coraje” requerido para semejante decisión, invocando así el ideal heroico inherente a cualquier epopeya patria. Pero a diferencia de la ex presidenta, no mencionó en ningún momento las guerras contra los ejércitos de Fernando VII. En su discurso no aparecieron, curiosamente, ni Belgrano ni Güemes ni San Martín. Tal vez porque hablar de enfrentamientos armados contra el imperio hubiese parecido una alusión a épocas en que un grupo de hombres y mujeres “se animaron a soñar” y “asumieron la responsabilidad” de sus actos hasta pagarlo con sus vidas. Para Macri, como para su aliada Elisa Carrió, esos combatientes eran “los violentos”, y habría resultado difícil, por no decir imposible, explicar por qué Belgrano, Güemes o San Martín no lo eran aunque hubiesen recurrido a la violencia —a la política armada— cuando asumieron su “compromiso de futuro” enfrentando al ejército que defendía los intereses del imperio. En el lugar de ese segmento de la historia



sintomáticamente borrado, o tachado, Macri pone la “angustiosa” asunción de la responsabilidad individual y el combate contra la amenaza kirchnerista: “Y no tengamos miedo, no escuchemos a aquellos que se han enfermado con el poder”, concluía diciendo en alusión a sus predecesores.

Pero hay que reconocer que Fernández de Kirchner, para quien el neocolonialismo se distingue, como para muchos peronistas, del viejo colonialismo español porque favorece las políticas librecambistas y la privatización de la economía, pasa por alto a su vez las posiciones liberales de los próceres de la independencia: muchos revolucionarios estaban a favor de la libertad de comercio y de la emancipación de los individuos con respecto a la tutela de corregidores y clérigos, y más de un ferviente defensor de los indígenas, como Bernardo de Monteagudo, terminó bregando por una república de propietarios con sufragio censitario. Un ciudadano, para Monteagudo, era un individuo independiente, y un individuo independiente, alguien que no se encuentra en relación de dependencia: patrón o *pater familias*. La presidenta, no obstante, convierte a los liberales de hoy en descendientes de los españoles de ayer porque, como ella misma dice, el rasgo que comparten ambos —el rasgo que ella selecciona para incluirlos en el mismo conjunto— es la intimidación del pueblo, de modo que personifican, por este mismo motivo, a los ene-

migos comunes, esos personajes insoslayables a la hora de consolidar una alianza popular. No hay memoria, ni siquiera memoria histórica, sin olvidos: la memoria no es un minucioso registro integral de los hechos del pasado sino, desde el inicio, un relato.

El secreto del pasado

La relación entre el pasado y el presente se parece, en esta concepción de la historia, a la relación entre significante y significado: la situación actual va a recibir el nombre del acontecimiento inaugural (“segunda independencia”, “nuevo 9 de julio”), pero el acontecimiento inaugural va a recibir la significación de la situación actual (“autodeterminación nacional”, “responsabilidad individual”). Por su gusto del anacoluto, Macri es extremadamente prístino al respecto: “les tengo que pedir, desde este lugar en el que hemos asumido todos de ser independientes, *significa* responsables, *significa* —como les dije hoy— solidarios...”. Y cuando introduce, a su vez, el vocablo “solidarios”, se apresura a desinfectarlo de cualquier connotación colectivista para convertirlo en un sinónimo de “responsabilidad”: no se trata de compartir el trabajo y las riquezas entre todos los argentinos sino de “consumir la menor cantidad de energía posible”. Si no lo hacemos, nos explica, “dañamos el medioambiente, y nos hemos comprome-

tido con el mundo y tenemos que cumplir, a que vamos a ser parte de la lucha contra el cambio climático que tanto afecta a nuestro país” (responsabilidad ecológica que enmascaraba una responsabilidad económica: asumir individualmente los aumentos del precio de la energía después de que su administración comenzara a suprimir las subvenciones “paternalistas” del gobierno precedente).

El enfrentamiento en torno a la interpretación de los significantes pasados, o en torno a la revelación del secreto de las figuras históricas, va a coincidir con el antagonismo en torno a los proyectos del presente, como si esta o aquella lectura de los sucesos históricos situara automáticamente al intérprete en alguna de las posiciones del antagonismo actual. Esto explicaría por qué alguien que recordara las prédicas liberales de muchos próceres de la independencia sería considerado, probablemente, liberal, como si atribuirles esas ideas a los padres de la patria equivaliera a defenderlas en nuestros días. Esto nos sugiere además hasta qué punto los significantes unen mientras que los significados dividen. Los argentinos se identifican con algunos símbolos como el propio gentilicio “argentino”, la bandera celeste y blanca, el himno nacional, el 25 de Mayo, el 9 de Julio o cualquiera de esos significantes que se negarían a pisotear.

Pero las discrepancias comienzan cuando hay que llenar esos significantes con algún significado. Y con la discrepancias, la política. Porque desde una perspectiva política, el pasado ya no es una sucesión de hechos históricos sino una simultaneidad de oposiciones significantes: patriotas o españoles, federales o unitarios, peronistas o anti-peronistas, etc. O para decirlo con la terminología saussureana: la diacronía se convierte, para cualquier mitología política, en sincronía.

Aunque evoquen solamente a los independentistas, tanto Macri como Fernández de Kirchner están proponiendo un paralelo metafórico o proporcional entre dos pares de opuestos: por un lado, los independentistas eran a los españoles lo que los liberales PRO a los proteccionistas K; por el otro, los independentistas eran a los españoles lo que los proteccionistas K a los liberales PRO (no habría que confundir, en este aspecto, el antagonismo con el diferendo político: el primero es simbólico y aparece siempre en el interior de un relato, el segundo es real y, como en este caso, tiene lugar entre dos relatos heterogéneos). Esta transformación de la diacronía en sincronía de oposiciones binarias se ve confirmada por una de las muletillas más obsesivas de los propios discursos políticos, muletilla que podría resumirse con proclamas como “terminemos con los enfrentamientos que nos dividieron durante décadas” o “trabajemos juntos por el futuro de la patria”. Jorge Rafael Videla, por ejemplo, justificaba el golpe de Estado de 1976 acusando a los políticos de “agitar”, con “fines puramente electorales”, “slogans, rótulos, frases hechas” que nos llevaron a “enfrentarnos en antinomias estériles y confundirnos profundamente, a punto tal que hoy es difícil distinguir dónde está el bien y dónde está el mal”. Videla lamentaba las antinomias “estériles” porque presuponía la existencia de una antinomia tácitamente “fértil”: una oposición entre “el bien y el mal”, como él mismo la llamaba, que los políticos de la época nos habrían hecho relegar. Y esta antinomia “fértil” era, a su juicio, la “lucha contra la subversión”, una subversión que habría aprovechado la “confusión” suscitada por esos enfrentamientos infructuosos entre argentinos para “subvertir los valores esenciales de la nación”¹⁰.

Pero esta distinción entre las antinomias “estériles” y “fértil” (entre las “contradicciones secundarias” y la “principal”, hubiese dicho Mao Tse-Tung) no es una particularidad del discurso de Videla sino una regla gramatical de los discursos políticos: el llamado a la unidad, o el fin de los enfrentamientos superfluos, siempre se hace en nombre de una “lucha verdadera”, un combate “que nos incumbe a todos” o un antagonismo ineludible con un enemigo común aunque el combate y el enemigo común cambien, por supuesto,

LA POLÍTICA SE CARACTERIZA POR TRAZAR EN UNA COYUNTURA HISTÓRICA PRECISA UNA FRONTERA ANTAGÓNICA A TRAVÉS DE CUALQUIER DIFERENCIA PRE-POLÍTICA, O PRE-ANTAGÓNICA, EN EL SENO DE UNA POBLACIÓN. Y PARA SIMBOLIZAR ESTE ANTAGONISMO, SUELE RECURRIR A LA BATERÍA DE OPOSICIONES SIGNIFICANTES QUE LE PROPORCIONA EL PASADO.

de un discurso a otro, de una política a otra. Macri, sin ir más lejos, resumió esta misma regla gramatical en su discurso de asunción sustituyendo el adjetivo “estéril” por “inútil”. Hablar de “un país unido en la diversidad”, había dicho en el Congreso, “puede sonar increíble después de tantos años de enfrentamientos inútiles”, “pero es un desafío excitante” y “es lo que pidieron millones de argentinos que estaban cansados de la prepotencia y del enfrentamiento inútil”¹¹. Como el universitario que les declara la guerra a las oposiciones binarias o se proclama enemigo acérrimo de un mal, el maniqueísmo, Macri no escatima paradojas cuando aborda esta cuestión: vamos a enfrentarnos, anuncia, a quienes buscan enfrentarnos.

Coda

La política se caracteriza por trazar en una coyuntura histórica precisa una frontera antagónica a través de cualquier diferencia pre-política, o pre-antagónica, en el seno de una población, sea esta de orden económico, social, lingüístico, cultural, religioso, sexual o generacional. Y para simbolizar este antagonismo, suele recurrir a la batería de oposiciones significantes que le proporciona el pasado. Los propios partidarios de la independencia, después de todo, habían recurrido al enfrentamiento entre indios y conquistadores para simbolizar la lucha entre patriotas y godos aunque muchos de ellos reivindicaran a la vez una ascendencia ibérica y hasta los privilegios obtenidos por sus ancestros durante la ocupación de las Indias.

Los rituales conmemorativos son momentos particularmente apropiados para introducir este movimiento temporal doble. Por un lado, se buscan en el pasado los significantes susceptibles de nombrar las discre-

pancias presentes: nuestro auténtico nombre es “9 de Julio”, parecieran decirnos Macri y Fernández de Kirchner. Y por eso muchos discursos políticos convierten la expresión “hoy como ayer” u “hoy como entonces” en “somos los descendientes” o “somos los herederos”: esos nombres ancestrales son los significantes totémicos de cualquier nación. Se seleccionan del presente, por otro lado, algunos significados políticos para trasladarlos al pasado: “9 de Julio” significaba “responsabilidad individual” por oposición a la tutela monárquica, nos dice Mauricio Macri, o “autodeterminación nacional” por oposición al imperialismo, según Cristina Fernández de Kirchner. Los proyectos políticos actuales aparecen como el cumplimiento de mandamientos proferidos por los padres de la patria: “asumimos hoy la tarea que nos encomendaron nuestros próceres”. Sólo que las claves para entender esos mandatos paternos —lo que el viejo quería en realidad cuando dijo lo que dijo e hizo y lo que hizo— las tienen sus descendientes. Son ellos quienes interpretan el testamento. Son ellos quienes “crean” a los fundadores. Así, cuando Macri recuerda que le está “pidiendo” algo al pueblo argentino “desde este lugar en el que hemos asumido todos de ser independientes”, resume en esa primera persona del plural todo un linaje que se remonta a los delegados del congreso tucumano de 1816 y se extiende hasta sus herederos: los argentinos actuales.

En la introducción al *18° Brumario* Karl Marx aseguraba que la “revolución social del siglo XIX no podía sacar su poesía del pasado”, como había ocurrido con la revolución política del XVIII, y en especial con la francesa y sus imitaciones teatrales de la república romana. La revolución social precisaba “liquidar cualquier superstición en relación con el pasado”¹², para sacar su poesía del futuro. Las revoluciones sociales,

no obstante, se abstuvieron de seguir los consejos del filósofo renano. Y la política, la política tal como la conocemos, también. Basta con recordar el nombre de muchos movimientos de liberación nacional de los últimos cincuenta años —desde los Tupamaros hasta la Revolución Bolivariana pasando por los Montoneros, los Sandinistas o los Zapatistas— para comprobar hasta qué punto siguieron sacando su poesía de las revoluciones pretéritas.

Tanto Borges como Auerbach habían destacado la importancia de estas rimas temporales en *El Quijote*. Para Cervantes, en efecto, la historia es “aviso de lo presente” porque ciertos hechos del pasado prefiguran los actuales. Pero esta interpretación magistral o providencial de la historia solía venir acompañada por una *imitatio* de los personajes, como en la *imitatio Christi* de Tomás de Kempis. Don Quijote practicaba una *imitatio Amadis* o *Rolandi*, de modo que los héroes del pasado se convertían en “proyecciones ulteriores” del hidalgo manchego tan pronto como este los repetía o los “interpretaba” (en la doble acepción de esta palabra). Don Quijote no se había limitado a leer las novelas de caballería como relatos de acontecimientos históricos ocurridos en algún pasado heroico; las entendía además como llamamientos o interpelaciones a los cuales respondía. Es lo que sucedía cuando Macri les pedía a los argentinos que hicieran “lo mismo” que los próceres de la independencia. Alguien puede señalarlos que Amadís y Rolando eran personajes ficticios, mientras que Laprida o Pueyrredón fueron reales. Pero la diferencia se disipa desde el momento en que la conmemoración política no encumbra a esos personajes como individuos históricos sino como figuras mitológicas. Sólo así la historia puede repetirse como tragedia o como farsa. Como advenimiento.

Borges no sugería otra cosa con el quijotesco Dahlmann o con las meticulosas actuaciones de los independentistas irlandeses. Narraciones poéticas y narraciones políticas. De uno u otro modo, ambas siguen estableciendo

aquella rima metafórica entre el pasado y el presente: la historia nos aporta las figuras, y la actualidad, lo figurado. Por eso el pasado no termina de pasar nunca en ellas: la diferencia entre ayer y hoy, antes y ahora, muertos y vivos, se convierte en una diferencia poética entre significantes y significados. Como ocurría cuando Borges establecía una analogía poética y política entre el combate del abuelo contra los indios de Catriel y el inminente duelo de su nieto con el “cabecita negra”, ni la ficción ni la política anulan el tiempo: ambas mantienen la distinción entre pasado y presente aunque sus invocaciones rituales logren hacer caminar a los muertos, por un momento, entre los vivos.



-
1. Borges, Jorge Luis. “El arte narrativo y la magia” en: *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 231.
 2. Borges, Jorge Luis. “El Sur” en: *ibid.*, p. 525.
 3. Borges, Jorge Luis. “Pierre Menard, autor del *Quijote*” en: *ibid.*, p. 449.
 4. Borges, Jorge Luis. “María Esther Sánchez, Los nombres de la muerte” en: *Prólogo con un prólogo de prólogos*. Madrid, Alianza, 1998, p. 116.
 5. Poe, Edgar Allan. “Marginalia” en: *The Collected Writings of Edgar Allan Poe. Vol. II: The Brevities*, New York, Gordian Press, 1985, p. 537.
 6. Estrada, Ezequiel Martínez. *Radiografía de la pampa*. Nanterre, Archivos, 1996, p. 9.
 7. Saer, Juan José. *El río sin orillas*. Buenos Aires, Alianza, 1991, p. 67-68.
 8. Macri, Mauricio. “Palabras del presidente Mauricio Macri en el acto del Bicentenario de la Independencia en Tucumán”, <http://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos>.
 9. Kirchner, Cristina Fernández. “Palabras de la presidenta de la nación, Cristina Fernández de Kirchner, en el acto de celebración del 199° aniversario de la declaración de la independencia celebrado en Tucumán”, <http://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo>.
 10. Videla, Jorge Rafael. *Mensajes presidenciales*. Tomo 1, Buenos Aires, Secretaría de Información Pública, 1977, pp. 26-28.
 11. Macri, Mauricio. “Palabras del Presidente de la Nación, Mauricio Macri, ante la Asamblea Legislativa en el Congreso de la Nación”, <http://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos>.
 12. Marx, Karl. *El 18° Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Alianza, 2015, p. 36.